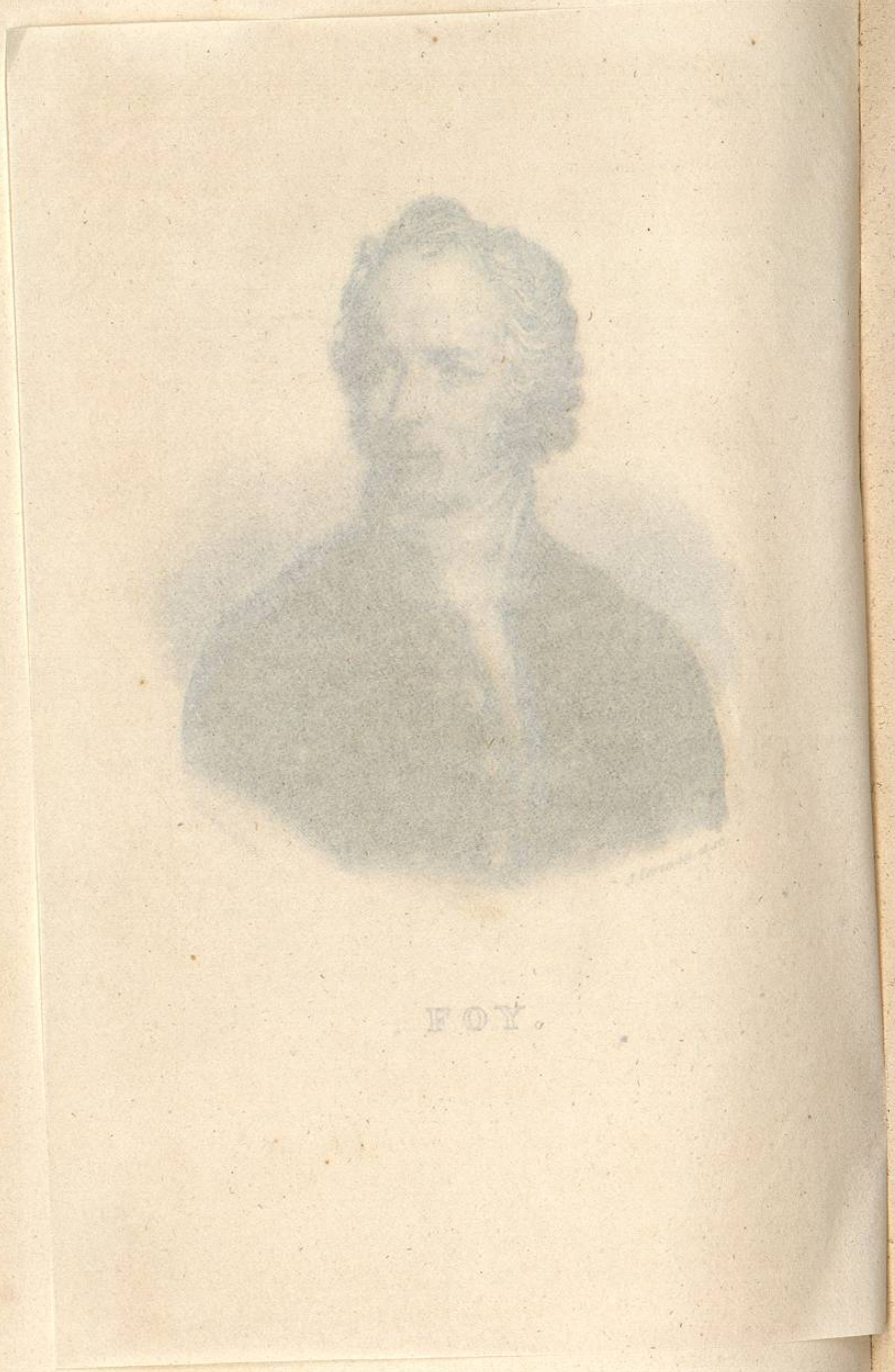
FOY.

Despues de tantos oradores-abogados, vaciados casi todos en el



EL GENERAL FOY.

El público, en los primeros tiempos de la Restauracion, no acertaba á comprender las importaciones de la Carta inglesa de 1814, con la ficcion metafísica de su trinidad, su doble Cámara, la vana responsabilidad de sus ministros, y la balanza impostora de sus poderes. Los doctrinarios apenas empezaban á meter ruido en el santuario de su pequeña iglesia. El odio contra el extrangero, cuyo insoportable yugo pesaba en nuestro territorio, y la saña contra la antigua aristocracia que heria el amor propio de la clase media al paso que inquietaba los intereses nuevos de la Revolucion: tales eran los sentimientos que dominaban la nacion francesa.

El general Foy llegó á la Cámara con este doble encono en el corazon. Cuando, al subir por primera vez á la tribuna, dejó caer estas palabras: « Hay eco en Francia al pronunciar las palabras « *honor y patria,* » conmovióse el orgullo nacional, y asomóse el llanto á los ojos de los veteranos del Imperio, que creian oir un grito de guerra contra el extrangero. La misma causa que motivó la fortuna de las canciones de Beranger, y de los folletos de Pablo-Luis Courier, produjo la popularidad de los discursos del general Foy; y todos tres tuvieron un tacto esquisito, una inteligencia viva y rara del espíritu y menesteres de su época. Todos tres supieron hablar á la Francia con la lengua del momento, pues, segun las épocas, emplea nuestra nacion un idioma distinto.

Las nuevas generaciones se habian elevado sobre las ruinas de la ociosidad nobiliaria por el trabajo agrícolo, industrial, científico y guerrero; así cuando acribillaba el general Foy con sus sarcasmos los caballeros de la corte y de la emigracion, aplaudia toda la Francia al fogoso orador, el cual, como Pablo-Luis Courier y Beranger, habia dado impulso á la fibra nacional que mas vibraba en aquel entonces.

Despues de tantos oradores-abogados, vaciados casi todos en el

mismo molde, la tribuna habia encontrado enfin un orador militar. El brillo, el atractivo de esta novedad y el prestigio de la virtud guerrera, que ejerce una accion favorable en todos los Franceses, hacian que muy estimado fuese el general Foy de la Oposicion, y al mismo tiempo no desagradable á la emigracion misma, á pesar de sus vivos ataques contra ella.

Bastaba esta sola circunstancia para que apareciese el orador, desde que se mostró en la escena parlamentaria, envuelto en esa fama brillante que conservó hasta el sepulcro; pero la posteridad no ratificará el fallo precipitado de sus contemporáneos. De Serre fue, bajo la Restauracion, el águila de la tribuna, y Foy ocupa el segundo grado. Y en efecto, ¿qué viene á ser un orador que no improvisa?

Los discursos del general Foy, por la fuerza del pensamiento, la imaginacion, estilo, encadenamiento lógico, vehemencia, profundidad, delicadeza, son muy inferiores á los Royer-Collard y Benjamin Constant. Foy peca por el falso brillo de una retórica escolástica, y sus discursos se asemejan á esas amplificaciones de mal gusto de los alumnos de escuelas, mas bien que á las arengas de Grecia y Roma. Por otra parte los discursos del general nunca salen del círculo estrecho de un constitucionalismo bastardo, muy liberal es verdad para la época, pero no superiora á esta; al mismo tiempo dejan muchas veces el derecho por el hecho; carecen de toda clase de filosofía; no pasan de la superficie de las cosas, de lo actual, de los acontecimientos recientes, sin mira alguna en el porvenir, sin considerar en su justo valor las absurdas ficciones de ese gobierno representativo á cuya existencia no querrá creer un dia la posteridad, ficciones que cojean y se dislocan á cada paso, é incapaces de resistir á la prueba de la lógica ó la experiencia; por último adolecen de esa incurable impotencia que sobrecoge y entorpece á todos los oradores del monopolio. En una palabra carecen de genio.

Pero solo un número limitado de inteligentes acierta á comprender la profundidad del pensamiento, la verdad de los principios, la belleza de la forma, la ciencia del discurso. El general Foy poseia esa especie de brillantez mezclada de verdad, error que deslumbra la parte vulgar de las asambleas; y aun hasta las personas de talento, al ver pasar la multitud, sienten involuntariamente los mismos transportes y se asocian al séquito del triunfador. Pero, despues del cortejo, llega la fria crítica que llama oro lo

que es oro, oropel lo que es oropel, y coloca los hombres y las cosas en su verdadero lugar.

¿Quien lo creyera? Los discursos del general Foy veíanse, en su tiempo, impresos en papel vitela, magníficamente encuadernados, con cortes dorados, tirados á diez mil ejemplares, y reputados iguales, sino superiores á las arengas de Ciceron y Demóstenes. Hay mas: á fuerza de suscripciones y dinero, sus admiradores consiguieron erigir á su memoria un cenotafio de marmol, con coronas murales y emblemas alegóricos, como al dios de la elocuencia; y en el dia, apenas ofrecerian sus amigos con que poner sobre su tumba una cruz de marmol.

El general Foy tenia el exterior, el porte y ademanes de un orador, una memoria prodigiosa, una voz sonora, ojos chispeantes y maneras caballerescas. Su frente combada y proeminente se iluminaba de entusiasmo ó se arrugaba de cólera. El orador asia con fuerza el marmol de la tribuna, lo sacudia, se enardecia, y parecia una sibila sobre su trípode, al verlo agitarse convulso mas noblemente en su argumentacion, espumar sin contorsiones y estoy por decir con gracia. A veces se le veia levantarse inopinadamente de su asiento, y escaladar la tribuna como si fuese á la victoria. Sus palabras las lanzaba con un aire atrevido y heróico, á la manera de Condé arrojando su baston de mando por encima de los reductos enemigos.

El general Foy no improvisaba sus grandes discursos, pues, á los cuarenta años cumplidos es tan imposible aprender la improvisacion como la natacion, la equitacion y la música, y, como el piano tiene la tribuna su teclado. La palabra francesa, sobre todo, es tan correcta, tan cargada de incisos, tan reservada, tan gazmoña, tan exigente, que necesita ser trabajada y manejada desde muy temprano. Así todos los aspirantes se amañan y amaestran para no llegar desprevenidos á la tribuna, salvo tal vez los abogados, profesores, ó esos habladores de salones, especie de hombres con lengua de mujer.

Para suplir á la insuficiencia de su educacion oratoria, el general Foy meditaba detenidamente sus arengas, formulando y distribuyendo en su vasta memoria el conjunto y las proporciones, disponiendo el exordio, clasificando los hechos, ordenando sus tesis y bosquejando el epílogo. En este estado llegaba á la tribuna, y, dueño de la materia, fecundado por el estudio é inspiracion, se abandonaba á la corriente de sus ideas. Su cabeza hervia, su dis-

curso se calentaba, se ablandaba, se alargaba, adquiria maleabilidad, forma y color. El orador sabia lo que iba á decir, pero no sabia cómo; veia el fin, mas ignoraba los caminos que á él lo conducian; tenia las manos llenas de argumentos, imágenes y flores, y, á medida que se presentaban las tomaba, las escogia, las entrelazaba, para formar el ramillete de su elocuencia. Los discursos de Foy carecian de lo frio de la lectura y la monotonía de la recitacion, y se distinguian por un proceder mixto, mediante el cual el orador, á la vez solitario é iluminado, improvisador y escritor, se encadena á sí mismo sin cesar de ser libre, olvida y se acuerda, rompe el hilo de su oracion y lo anuda, para volverlo á romper y hallarlo de nuevo sin perder nunca el tino; mezclando agudezas, incidentes, palabras pintorescas é inopinadas, dichos chistosos y llenos de oportunidad, á la reflexion sólida, á la recta consecuencia, á la profundidad del pensar, y sacando sus recursos y poder de los preparativos y de lo improvisto, de la precision rigurosa del arte y de las gracias de la naturaleza. No es dado á todos el ser orador de este género, pues se requiere memoria é invencion, originalidad y gusto, espontaneidad y estudio, calidades que las mas veces se excluyen.

Este método, que tal vez tan solo se adaptaba al general Foy, no deja de ser ventajoso, pues, además de que las asambleas agradecen el trabajo que por ellas se da el orador, los límites del discurso marcados de antemano en este proceder, impiden al orador perder el hilo, abandonarse á divagaciones sin fin, presentarse con las manos vacías en la tribuna, y ensartar una cáfila de palabras inútiles hasta que acuda la idea, como si el auditorio no tuviese mas oficio que el oir palabrería hueca é intempestiva.

Hay en efecto oradores que llegan á la tribuna con bata suelta y flotante, y parecen vestirse y acicalarse mientras que hablan, como si la tribuna fuese un tocador. Flojos é incorrectos al principio, poco á poco se arreglan, se animan, corren sin descanso y atraviesan con la vista ence dida y sin tomar resuello, lugares floridos ó desiertos, barrancos y llanuras, hasta que caen rendidos, jadeando, sofocados. En este estado es necesario quitarles la brida, y mojarles los labios y sienes con una esponja; y, á pesar de esto, ponen los ojos en blanco y se desmayan, sin atinar á decir, cuando vuelven en sí despues de aflojadas las cinchas, la senda que siguieron, de que no se acuerdan ni mas ni menos que los oyentes.

Las palabras mas brillantes del general Foy eran palabras de reserva, palabras elegidas.

¡Con qué arte sabia hacer venir una situacion preparada, un efecto dramático, una figura llena de colorido y vehemencia, una palabra feliz! ¡Con qué oportunidad, por ejemplo, colocó en una discusion sobre el presupuesto, el retrato del mariscal Gouvion Saint-Cyr, pintado de antemano, y con tanta maestría!

Pero si, á pesar de la perfecta exposicion de la materia, la claridad de la diccion, y la abundancia de los razonamientos, no se hallan sus discursos al abrigo de la crítica; si se les puede achacar el ser acompasados, laboriosos en demasía y oler á aceite, no se puede decir otro tanto de sus improvisaciones. ¡Qué naturalidad! ¡qué ironía viva y poderosa! ¡qué oportunidad increible en las respuestas! Y, no una vez que otra, sino en toda ocasion, á cada paso, á cada interrupcion, y siempre las palabras mas á propósito, mas decisivas.

A los que le echaban en cara el suspirar por la escarapela tricolor:

«¡Ah! respondió, no serian seguramente las sombras de Felipe «Augusto y Enrique IV las que se indignarian en sus sepulcros, al «ver las flores de lis de Bouvines é Ivry en la bandera de Austerlitz.»

A los que le preguntaban ¿Qué viene á ser la aristocracia?

«¡La aristocracia! voy á decirlo: la aristocracia es la liga, la «coalicion de los que quieren consumir sin producir, vivir sin tra«bajar, ocupar todos los puestos sin capacidad alguna propia, «invadir todos los honores sin haberlos merecido: tal es la aris«tocracia.»

A los agiotistas que le decian que enviase las noticias extrangeras á la Bolsa:

«Yo no conozco los juegos de Bolsa, y solo juego á la alza del honor nacional.»

A los diputados que pretendian que la comision de censura estaba á medio sueldo:

«Si es cierto, yo deseo que se la trate como se trata á los ofi«ciales á medio sueldo hace dos años, no llamándola al ser«vicio.»

A los ministros que defendian el lujo ridículo y prebendas del departamento de negocios extrangeros:

«Veamos á ver esos diplomáticos que no han servido ni antes, «ni despues, ni durante nuestra heróica revolucion; esas pensio-